

La consolación de la filosofía.

La postura pre-crítica respecto de la muerte y la inmortalidad en la carta de Immanuel Kant a la viuda von Funk (1760)

Pedro Jesús Teruel

Resumen

La postura de Immanuel Kant respecto de las ideas de muerte e inmortalidad está estrechamente relacionada con su tesis en torno al problema mente-cuerpo y ocupa un lugar central, aunque no del todo visible, en la evolución de su pensamiento. La modulación pre-crítica de dicha postura aparece, de forma implícita, en la carta de consolación que dirigió a la madre de Johann Friedrich von Funk el 6 de junio de 1760. Se trata de un escrito inédito en lengua castellana, que hasta ahora tampoco ha sido afrontado en colaboración científica alguna.

Abstract

Immanuel Kant's approach to the ideas of death and immortality is closely related to his theory about the mind-body problem and this takes up a main place, although not completely visible, in his intellectual evolution. The pre-critical modulation of such approach implicitly turns up in the consolation letter he addressed to Friedrich von Funk's mother on the 6th of June, 1760. It is an unpublished writing in Spanish, which until now hadn't been faced with a scientific contribution.

Palabras clave: Immanuel Kant, antropología, muerte, inmortalidad, providencia.
Key words: Immanuel Kant, Anthropology, Death, Immortality, Providence.

El 6 de junio de 1760, Kant firmó una carta que no estaba destinada en última instancia al correo privado, sino a la imprenta. Se trataba de los *Pensamientos con motivo del temprano fallecimiento del*

bien nacido señor D. Johann Friedrich von Funk, en un escrito dirigido a la bien nacida señora Dña. Agnes Elisabeth, viuda de Funk.

Esta carta se halla en una muy interesante relación con el contexto general del pensamiento kantiano¹. A raíz del devastador terremoto que se produjo el 31 de octubre de 1755, con epicentro en Lisboa, Kant escribió dos artículos en los que ponía al alcance del público la explicación de las causas físicas de los movimientos del subsuelo². En el mismo año de 1756 publicó un pequeño tratado sobre el tema³. Tres años después retomó la cuestión, desde el punto de vista de sus consecuencias en el ámbito de la teodicea, en su *Ensayo de algunas consideraciones sobre el optimismo*⁴; Kant se alineaba aquí sin dificultad con la posición leibno-wolffiana al respecto oponiéndose, en este caso, a Crusius⁵. La tesis central del ensayo sobre el optimismo consistía en que sólo el mejor mundo posible podría haber sido objeto de elección creadora por parte de la omnipotencia divina⁶. Pues bien: éste es, justamente, el principio que

¹ En las referencias bibliográficas relativas a las obras de Immanuel Kant emplearemos la edición de la Real Academia Prusiana de Ciencias (a partir de aquí, Ak), indicando volumen y número de página. Nos hemos servido de dicho texto tal y como éste aparece en la versión digital de las obras completas llevada a cabo por KARSTEN WORM: *Kant im Kontext II. Komplettausgabe* (InfoSoftWare, Berlín, 2003). Todas las traducciones son nuestras.

² Se trata de *Von den Ursachen der Erderschütterungen bei Gelegenheit des Unglücks, welches die westliche Länder von Europa gegen das Ende des vorigen Jahres betroffen hat*, y *Fortgesetzte Betrachtung der seit einiger Zeit wahrgenommenen Erderschütterungen*. Ambos aparecieron en el periódico semanal *Königsbergische wöchentliche Frag- und Anzeigungs-Nachrichten* en sendas entregas dobles (números 4 y 5, del 24 y 31 de enero de 1756, y números 15 y 16, del 10 y 17 de abril, respectivamente). El primero está recogido en las pp. 419-427 del primer volumen de la edición canónica de las obras de Kant; el segundo, en las pp. 465-472 del mismo volumen.

³ *Geschichte u. Naturbeschreibung d. merkwürdigsten Vorfälle d. Erdbebens v. 1755, welches an dem Ende des 1755sten Jahres einen großen Theil der Erde erschüttert hat*, Ak I 429-261.

⁴ *Versuch einiger Betrachtungen über den Optimismus*, Ak II 27-35. Este ensayo acompañó al anuncio de las lecciones de Kant durante el semestre de invierno de 1759.

⁵ El propio Kant indicó que su escrito sobre el optimismo había sido redactado en polémica con Crusius. Cf. carta de Kant a Johann Gotthelf Lindner del 28 de octubre de 1759, Ak X 19.

⁶ «Seitdem man sich von Gott einen geziemenden Begriff gemacht hat, ist vielleicht kein Gedanke natürlicher gewesen, als dieser, daß, wenn er wählt, er nur das Beste wähle.» *Versuch einiger Betrachtungen über den Optimismus*, Ak II 27.

subyace a la carta dirigida a la viuda von Funk, escrita sólo ocho meses después de que el ensayo sobre el optimismo se hiciese público.

Kant se dirige a Agnes Elisabeth von Funk con motivo de la temprana muerte de su hijo Johann Friedrich⁷. Johann Friedrich von Funk había seguido las lecciones de Teske, de Funck y del propio Kant en la Universidad de Königsberg desde junio de 1759, destacándose por su celo e interés. Lastrado por una salud extremadamente frágil, murió el 4 de mayo de 1760 a la edad de veintiún años. Poco más de un mes después (el 6 de junio) firmó Kant este escrito, que hizo editar en la imprenta de J. F. Driest (Königsberg); el filósofo contaba entonces treinta y seis años.

La carta desarrolla, fundamentalmente, la idea –de corte estoico– de que una muerte prematura puede responder a un diseño providencial, oculto a nuestra comprensión actual pero igualmente benéfico. No aparece aquí tesis alguna sobre el destino del ser humano tras la muerte; el escrito versa sobre el modo en que el hombre afronta la llegada de su final. Sin embargo, el análisis de distintas referencias nos permitirá ubicarlo en el contexto de la producción kantiana y establecer una conexión con la doctrina sobre la inmortalidad propia del posterior período crítico.

1. Un escrito para la consolación

Sobre la base de su temática, se puede distinguir dos secciones en el texto. En la primera parte de la carta (la que más nos interesa)⁸, el filósofo reflexiona sobre el modo en que el común de las personas se vuelca en los quehaceres cotidianos y en el esfuerzo por cumplir sus deseos, sin prestar atención alguna a la irrupción de la muerte; ni siquiera en los casos de guerra, puntualiza Kant. Recordemos que por las fechas en las que se redacta el escrito, Königsberg se encuentra ocupada por las tropas rusas (lo estará todavía por dos años, hasta 1762). Aunque la ocupación se produjo de modo incruento –e incluso llegó a beneficiar a los académicos (entre

⁷ *Gedanken bei dem frühzeitigen Ableben des Hochwohlgebornen Herrn, Herrn Johann Friedrich von Funk, in einem Sendschreiben an die Hochwohlgeborne Frau, Frau Agnes Elisabeth, verwitt. Frau Rittmeisterin von Funk* (1760), Ak II 37-44. A partir de aquí, citaremos este escrito con la palabra alemana *Ableben*.

⁸ Cf. *Ableben*, Ak II 37-43.

ellos, al propio Kant)–, con toda probabilidad mostró claramente al joven autor la inestabilidad de las estructuras políticas y, en general, de las realidades temporales.

En este contexto se refiere a la vida como el «puente» que la Providencia ha tendido sobre una parte del abismo de la eternidad:

«... la mayor muchedumbre humana se mezcla ansiosa en el gentío de aquéllos que, situados en el puente que la Providencia ha tendido sobre esta parte del abismo de la eternidad –y que llamamos vida– van detrás de ciertas olas, sin preocuparse de reparar en las grietas a través de las cuales, junto a ellos, uno tras otro se desploma en lo profundo –cuya medida es infinita– y por las cuales ellos mismos, en medio de su impetuoso caminar, serán engullidos»⁹.

Sólo cuando la muerte atañe a un ser cercano (por lazos de parentesco o de amistad, por edad o intereses), el hombre se detiene a reflexionar sobre la posibilidad de correr una misma suerte. En este contexto, a menudo son justamente los más valiosos, aquéllos de cuya vida sus contemporáneos se forjan la idea de un futuro prometedora, los que sufren un desenlace prematuro. Aquí hace Kant una fugaz alusión a la «feliz ignorancia de lo futuro»:

«En esta aparente contradicción, el supremo dominador reparte a cada uno, con mano sabia, la suerte de su destino. Oculta en insondable oscuridad el final de nuestra determinación en este mundo, nos hace ser diligentes por las pasiones, estar consolados por la esperanza y –por la feliz ignorancia de lo futuro– estar atareados planeando objetivos y proyectos, cuando todos ellos tendrán pronto un final, del mismo modo que una vez nos encontramos en su inicio (...)»¹⁰.

⁹ «So [aber] mengt sich der größte Haufe der Menschen sehr begierig in das Gedränge derjenigen, die auf der Brücke, welche die Vorsehung über einen Theil des Abgrundes der Ewigkeit geschlagen hat, und die wir Leben heißen, gewissen Wasserblasen nachlaufen und sich keine Mühe nehmen auf die Fallbretter Acht zu haben, die einen nach dem andern neben ihnen in die Tiefe herabsinken lassen, deren Maß Unendlichkeit ist, und wovon sie selbst endlich mitten in ihrem ungestümen Laufe verschlungen werden». *Ableben*, Ak II 39.

¹⁰ «In diesem scheinbaren Widerspruche theilt gleichwohl der oberste Beherrscher einem jeden das Loos seines Schicksals mit weiser Hand aus. Er verbirgt das Ende unserer Bestimmung auf dieser Welt in unerforschliche Dunkelheit, macht uns durch Triebe geschäftig [*sic*], durch Hoffnung getrost und durch die glückselige Unwissenheit des Künftigen eben so beflissen auf Absichten und Entwürfe zu sinnen, wenn sie bald alle sollen ein Ende haben, als wenn wir uns im Anfange derselben befänden (...)». *Ableben*, Ak II 42.

Inmediatamente después, el autor presenta la perspectiva del sabio: éste no se deja sorprender por la muerte; antes bien, dirige su atención hacia «su elevado destino más allá del sepulcro». Se trata de una reflexión sobre el más allá que no será ampliada en el resto de la carta. En el contexto de la descripción de la actitud vital del sabio aparece la imagen de la vida como el escenario de una representación teatral¹¹:

«Razonable en sus proyectos, pero sin tozudez, optimista en la realización de su esperanza, pero sin impaciencia, modesto en sus deseos, sin exigencias, confiado, sin insistencia; es celoso en el cumplimiento de sus deberes, pero dispuesto, con resignación cristiana, a abandonarse al mandato del Altísimo cuando, en medio de todos estos afanes, le complazca llamarle del escenario en el que había sido puesto»¹².

Kant se refiere a continuación –en las líneas que probablemente constituyen el núcleo de lo que pretende transmitir a la dolorida madre– al modo en que el sabio encara la muerte temprana. Para ello, alude a la sabiduría de la Providencia, que es digna de confianza también en aquello que no comprendemos:

«Encontramos que los caminos de la Providencia, en los fragmentos que de algún modo podemos entender, son todos sabios y dignos de admiración: ¿no lo deberían ser mucho más en aquello que no podemos comprender?»¹³.

Resultaría razonable pensar, sostiene Kant, que la muerte temprana haya preservado a los que pasan por ella de futuras penalidades en esta vida. Esta idea se hallaría en conformidad con la perfección del único diseño que se puede atribuir a la mente divina, y al cual se debe conformar el mundo creado. He aquí la tesis del ensayo sobre el optimismo, que bien se puede reconocer en el *humus* de la argumentación kantiana presente en el texto que nos ocupa.

¹¹ Se vuelve a encontrar esta imagen en el opúsculo *Das Ende aller Dinge* (1794), Ak VIII 330-331.

¹² «Vernünftig in seinen Entwürfen, aber ohne Eigensinn, zuversichtlich auf die Erfüllung seiner Hoffnung, aber ohne Ungeduld, bescheiden in Wünschen, ohne vorzuschreiben, vertrauend, ohne zu pochen, ist er eifrig in Leistung seiner Pflichten, aber bereit mit einer christlichen Resignation sich in den Befehl des Höchsten zu ergeben, wenn es ihm gefällt, mitten unter allen diesen Bestrebungen ihn von der Bühne abzurufen, worauf er gestellt war». Ableben, Ak II 42.

¹³ «Wir finden die Wege der Vorsehung allemal wise und anbetungswürdig in den Stücken, wo wir sie einigermaßen einsehen können; sollten sie es da nicht noch weit mehr sein, wo wir es nicht können?» Ableben, Ak II 42.

En la segunda y más breve parte de la carta¹⁴, Kant traza una semblanza del joven Johann Friedrich; esboza ahí el desarrollo de su infancia y juventud, destacando la sincera nobleza de su carácter. Con ello, sin embargo, afirma no pretender consolar ulteriormente a la destinataria; en el sometimiento a la Providencia y en el anhelo de un similar destino se hallan mejores motivos para el consuelo «que en todos los fundamentos de una seca y débil elocuencia»¹⁵.

2. Tesis subyacente

Como hemos tenido ocasión de comprobar, la constante tesis-guía que subyace a este breve escrito se encuentra en el principio de la ordenación de la Historia y de la Naturaleza a fines óptimos establecidos por la Providencia divina. La comprensión de la coherencia de dicho diseño providente (*prónoia*) trae consigo, en el hombre, la impasibilidad (*Ápájeia*): ésta es la doctrina estoica retomada por Kant cuando afirma que dicha impasibilidad –que en la *Rektoratsrede* relaciona con la *mens serena*¹⁶– constituye una condición necesaria para la virtud¹⁷.

Se puede relacionar esa conformidad de los elementos que forman el todo con el segundo principio introducido por Kant en la *Nueva dilucidación*, a saber: la tesis de la coexistencia de las sustancias en el «esquema» divino. Dado que, según su planteamiento en esa obra de 1755, existe continuidad entre el orden físico y el metafísico, la coexistencia e interacción de las sustancias debe estar guiada por una Providencia que guía todo hacia el mejor desenlace. Tal y como señala en el *Ensayo de algunas consideraciones sobre el optimismo*, «quizá sea la mayor coincidencia con las cualidades divinas el fundamento del designio que dio el ser a este mundo».¹⁸ En pala-

¹⁴ Cf. Ableben, Ak II 43-44.

¹⁵ Ableben, Ak II 44.

¹⁶ Se trata del discurso que Kant pronunció en calidad de rector de la Universidad Albertina bajo el título «De Medicina Corporis, quae Philosophorum est», cuyo esbozo se halla publicado en el contexto de las reflexiones sobre Antropología (Refl. nº 1526, fase q³, 1788). La referencia a la *apáttheia* se encuentra en Ak XV 940.

¹⁷ Cf. *Die Metaphysik der Sitten* (1798), Ak VI 408ss.

¹⁸ «Vielleicht ist die größere Übereinstimmung mit den göttlichen Eigenschaften der Grund des Rathschlusses, der dieser Welt, ohne ihren besondern inneren Vorzug in Betrachtung zu ziehen, das Dasein gab». *Versuch einiger Betrachtungen über den Optimismus*, Ak II 34.

bras de Kant recogidas por Karamzín, se trata de «una *razón sempiterna y creadora*, que guía todo hacia la meta, para bien»¹⁹.

Dicha continuidad, guiada por principios racionales hacia un bien supremo, justificaba la explosión de júbilo con la que concluía el escrito sobre el optimismo:

«Espacios y eternidades sin medida abrirán, sí, sólo para el ojo del Omnisciente las riquezas de la Creación, en toda su amplitud; pero yo, desde el punto de vista en que me encuentro, armado con la penetración que ha sido dada a mi débil intelecto, contemplaré a mi alrededor, tan lejos como pueda, y aprenderé cada vez más a comprender *que la totalidad es lo mejor, y que, en orden al conjunto, todo [lo que sucede] es bueno*»²⁰.

En este contexto, sostiene Kant, se puede confiar en la pervivencia personal tras la muerte. Resulta importante notar que encontramos aquí una fundamentación positiva de la afirmación de la inmortalidad del ser humano –que Kant ha defendido en su itinerario especulativo, hasta 1760, como corolario de su concepción monádica de la realidad–. Dicha afirmación se halla ligada, en última instancia, a la tesis de la racionalidad estructural del mundo, emparentada con la idea estoica de Providencia, con su reelaboración cristiana y con la tesis leibniziana del mejor mundo de los posibles²¹.

Recuérdese que en 1791, en un ensayo publicado en el *Berlinische Monatsschrift* bajo el título *Sobre el fracaso de todas las tentativas filosóficas en la teodicea*²², el autor declarará imposible el acceso a las cuestiones planteadas en esa disciplina. En consonancia con la aplicación del punto de vista crítico a la filosofía dogmático-teórica, afirmará ahí que toda teodicea filosófica está abocada al fra-

¹⁹ TERUEL RUIZ, P. J.: «Una conversación con Kant en 1789. El postulado de la inmortalidad a la luz de una carta de N. M. Karamzín», en *Thémata. Revista de filosofía* 32 (2004), p. 206.

²⁰ «Unermeßliche Räume und Ewigkeiten werden wohl nur vor dem Auge des Allwissenden die Reichthümer der Schöpfung in ihrem ganzen Umfange eröffnen, ich aber aus dem Gesichtspunkte, worin ich mich befinde, bewaffnet durch die Einsicht, die meinem schwachen Verstande verliehen ist, werde um mich schauen, so weit ich kann, und immer mehr einsehen lernen: *daß das Ganze das Beste sei, und alles um des Ganzen willen gut sei. Versuch einiger Betrachtungen über den Optimismus*, Ak II 35. La negrita es del autor.

²¹ Cf. la influyente *Theodizee* leibniziana (1710), citada en varias ocasiones por Kant ya desde su escrito de 1747 (*Gedanken von der wahren Schätzung der lebendigen Kräfte*, Cf. Ak I 23, 152).

²² *Über das Mißlingen aller philosophischen Versuche in der Theodicee*, Ak VIII 253-271.

caso, dado nuestro desconocimiento del enlace que pudiera mediar entre la trabazón intramundana de los fenómenos y su ordenación por parte de la sabiduría divina²³. Por este mismo motivo, Kant renegará de sus consideraciones sobre el optimismo, llegando a indicar a su biógrafo Borowski que su *Ensayo de algunas consideraciones sobre el optimismo* no debería ser recordado en absoluto²⁴.)

Así pues, bajo este último punto de vista (el de la teodicea), la idea que subyace a este escrito de consoliación quedaría invalidada por el desarrollo posterior del pensamiento kantiano. No sucederá lo mismo, en cambio, con la conexión entre la tesis nuclear de la racionalidad de lo real, la primacía de la dimensión moral de la existencia humana y la afirmación de la pervivencia de la personalidad tras la muerte (inmortalidad). Esas tres tesis convergerán en el contexto de la pneumatología dogmático-práctico kantiana, auténtica clave de bóveda de la metafísica postulativa del filósofo de Königsberg.²⁵ Pero para llegar a esa convergencia faltaban aún bastantes años al autor de la piadosa carta a la viuda Von Funk.

²³ Cf. Id., Ak VIII 263.

²⁴ «... dieser Schrift über den Optimismus doch gar nicht mehr zu gedenken». BOROWSKI, L. E.: *Darstellung des Lebens und Charakters Immanuel Kants*, en GROB, F. (ed.): *Immanuel Kant. Sein Leben in Darstellungen von Zeitgenossen*, Berlín, 1912 [reproducción fotomecánica: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1993], p. 52.

²⁵ Me remito remitir aquí al lector a distintos trabajos que he publicado sobre este asunto, tanto desde el punto de vista de su conexión con el problema mente-cuerpo como desde la perspectiva de la hermenéutica de la idea kantiana de inmortalidad. Sobre el primer punto de vista, véase TERUEL, P. J.: *Mente, cerebro y antropología en Kant*. Tecnos, Madrid, 2008; «Pensar la complejidad de lo subjetivo. Colin McGinn e Immanuel Kant sobre el problema mente-cerebro», en PRIOR, Á./ MOYA, E.: *La filosofía y los retos de la complejidad*. Servicio de publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 2007; «La recuperación funcionalista de la teoría kantiana de la subjetividad», en A. ANDALUZ ROMANILLOS (ed.): *Kant. Razón y experiencia*. Ediciones Universidad Pontificia, Salamanca, 2005, pp. 167-175; «El sujeto ante el espejo. La valencia ontológica de la subjetividad en el criticismo kantiano y su interpretación contemporánea», en *Anuario filosófico* XXXVII/3 (2004), pp. 885-899. Sobre la segunda perspectiva: «Una nota a pie de página de la *Critica de la razón práctica*. La polémica entre Thomas Wizenmann e Immanuel Kant», en *Thémata. Revista de filosofía* 38 (2007), pp. 205-224; «Una conversación con Kant en 1789. El postulado de la inmortalidad a la luz de una carta de N. M. Karamzín», en *Thémata. Revista de filosofía* 32 (2004), pp. 203-224.

*Traducción*²⁶

Consideraciones ante el temprano fallecimiento del bien nacido señor

D. Johann Friedrich von Funk,

[II 37] dirigidas a la bien nacida señora Dña. Agnes Elisabeth, viuda de Funk²⁷, nacida Von Dorthösen, heredera de las propiedades en Curlandia²⁸ del piadosamente fallecido, profundamente dolorida madre

Por el Magíster Immanuel Kant,

Docente de Filosofía en la Academia de Königsberg

Bien nacida señora, graciosa dama:

[II 39] Si los hombres estuvieran acostumbrados a alternar de cuando en cuando el tumulto de sus negocios y distracciones –a los que les estimula el ejemplo cotidiano de la frivolidad de miras en las vicisitudes de sus conciudadanos– con los momentos serios, de consideraciones edificantes, entonces sus alegrías serían, quizá, menos estrepiosas; el lugar de éstas vendría a ser ocupado, en cambio, por

²⁶ Indico entre corchetes la paginación correspondiente a la edición canónica: *Kants gesammelte Schriften*, volumen II: *Vorkritische Schriften II, 1757 1777*, editada por la Real Academia Prusiana de Ciencias (Georg Reimer, Berlín 1905, 1912², reimpresión en 1969), pp. 36-44. La traducción aparece por primera vez en lengua castellana.

²⁷ En el original alemán se indica aquí el rango militar de su fallecido esposo, que en este caso se aplica en femenino a la consorte: *Rittmeister* (femenino *Rittmeisterin*), literalmente ‘maestro de caballería’. Se trata del equivalente de un capitán (por lo tanto, del mando que está al frente de un escuadrón) en la jerarquía militar de los países de lengua anglosajona (Cf. ADELUNG, Johann Cristoph: *Grammatisch-kritisches Wörterbuch der Hochdeutschen Mundart*. Breitkopf, Leipzig und Compagnie, 1793, voz ‘Rittmeister’). Dado que en castellano no existe un término análogo al que se pueda aplicar el género femenino, he optado por no reproducir esa mención honorífica en la traducción.

²⁸ Se trata de un territorio situado a orillas del Báltico, junto al golfo de Riga, en la actual Letonia (al norte, por lo tanto, de Königsberg, actual Kaliningrad). Cuando Kant escribe esta carta, Curlandia se encuentra bajo control ruso, desde que Ana Ivanovna –hija del zar Iván V y zarina desde 1730– interviniera activamente en el nombramiento de los sucesivos duques (Germán Mauricio de Sajonia en 1726, Ernst Johann von Biron en 1737).

un gozo sereno, para el que ya no hay casualidad inesperada. Hasta la suave melancolía –ese delicado sentimiento, del que se hinche un corazón noble cuando en solitario silencio medita sobre la nulidad de aquello que comúnmente tenemos por grande e importante– contendría más felicidad verdadera que las alharacas de los insensatos y la risa estentórea del necio.

Sin embargo, la mayor parte de la muchedumbre humana se mezcla ansiosa en el gentío de aquéllos que, situados en el puente que la Providencia ha tendido sobre esta parte del abismo de la eternidad –y que llamamos vida– van detrás de ciertas olas, sin preocuparse de reparar en las rendijas a través de las cuales, junto a ellos, uno tras otro se desploma en lo profundo –cuya medida es infinita– y por las cuales ellos mismos, en medio de su impetuoso caminar, serán engullidos. Cierta poeta antiguo aporta un rasgo dramático al retrato de la vida humana cuando caracteriza al hombre apenas nacido. El niño –afirma– llena enseguida el aire de tristes lloriqueos, como corresponde a una persona que debe ingresar en un mundo en el que le esperan tantas tribulaciones.²⁹ Pero, con el paso del tiempo, al arte de hacerse desgraciado suma este hombre aquel otro que consiste en ocultárselo a sí mismo, por medio del velo que arroja sobre las circunstancias tristes de la vida; se entrega entonces a desatender con ligereza el [III 40] cúmulo de males que le circundan y que al final, no obstante, le devuelven sin remedio a un malestar aún más doloroso. Si bien la muerte es, de todos los males, el que más le espanta, parece que –tomando ejemplo de sus conciudadana-

²⁹ Con mucha probabilidad se trata, en mi opinión, de Tito Lucrecio Caro (ca. 98-55 a.C.). En su obra *De rerum natura*, Lucrecio traza esa imagen del recién nacido como culminación de un cuadro pesimista de la condición humana: «llena el espacio con lúgubres vagidos, como es justo, siendo tantos los males por que ha de pasar en la vida» (Cf. 222-227; la traducción castellana es de Eduardo Valentí: *De la Naturaleza*, Ediciones Alma Mater, Barcelona, 2 vols., cit. en MARTÍNEZ LORCA, A.: «Lucrecio: Una crítica ilustrada a la religión popular», en *Éndoxa: Series Filosóficas* 3 [1994], pp. 165-177, p. 172). El interés de Kant por Lucrecio tiene, al menos, tres razones de ser. Por un lado, es conocida la amplia formación literaria clásica –en particular, latina– que Kant recibió en el Colegio Fridericiano; en segundo lugar, la cosmovisión epicúrea –que Lucrecio incorporó y reelaboró en el seno del pensamiento romano– guarda elementos de conexión con la visión estoica del mundo (cuya influencia en el presente escrito he hecho patente en mi estudio crítico); finalmente, la ética epicúrea fue objeto de la refutación kantiana en el contexto de su análisis de las posturas eudemonistas. Prueba del interés de Kant por Lucrecio es que conservaba un volumen con el sexto libro de *De rerum natura*, editado en Cambridge en 1686, en su biblioteca privada. Cf. WARDA, A.: *Immanuel Kants Bücher*. Berlín, 1922.

nos— le presta poco interés, excepto cuando la proximidad de la relación [con el fallecido] atrae su atención preferente. En un tiempo en el que una guerra furiosa abre el cerrojo del negro abismo para permitir que todas las aflicciones se derramen sobre el género humano, se aprecia bien cómo la familiar contemplación de la necesidad y de la muerte infunde una fría indiferencia a aquéllos que están amenazados por ambas, de modo que poco atienden al destino de sus hermanos. Sólo cuando, en el tranquilo silencio de la vida burguesa, del círculo de aquéllos que nos son cercanos o que amamos, que tenían tantas o más halagüeñas esperanzas que nosotros, que perseguían sus objetivos y proyectos con el mismo celo con que nosotros lo hacemos; cuando éstos, como digo, según el designio de Aquél que rige omnipotente sobre todo, son aferrados en el transcurso de sus aspiraciones, cuando la muerte —en silencio solemne— se aproxima al lecho de dolor del enfermo; cuando este titán, ante el cual la Naturaleza se estremece, se acerca a paso lento para circundarlo con brazos de hierro, entonces se despierta la sensibilidad de aquéllos que normalmente la sofocan en distracciones. Un sentimiento sombrío dice, desde el interior del corazón, aquello que con tanta aquiescencia —ya que tan bien se adecua a nuestra general percepción— en asamblea romana fuera escuchado otrora: Soy un hombre, y lo que a los hombres les sucede puede alcanzarme también a mí.³⁰ El amigo o también el pariente se dice a sí mismo: Me encuentro en el trasiego de las ocupaciones y en el ahogo de las obligaciones de la vida, y mi amigo se hallaba hace poco también en ellos; disfruto de mi vida tranquilo y despreocupado, pero ¿quién sabe hasta cuándo? Me complazco con mis amigos y le busco entre ellos,

Pero a él en el más grave lugar
Que nada permite volver
Con fuerte brazo la eternidad le aferra.
Haller³¹

³⁰ La expresión guarda el eco de otro de los autores clásicos admirados por Kant: Publio Terencio Africano (fallecido en torno al 159 a.C.). Me refiero a una intervención de Cremes en la comedia *El atormentador de sí mismo*, frase que ha trascendido el tono jocoso de su contexto: «Homo sum, humani nihil a me alienum puto» («Hombre soy, nada humano me es ajeno»).

³¹ Se trata del anatomista, fisiólogo, botánico y poeta Albrecht von Haller (Berna, 1708-1777). Formado en la escuela mecanicista de Hermannus Boerhaave, Haller está considerado como fundador de la fisiología moderna; a la observación anatómica unió el desarrollo de numerosos experimentos en campo fisiológico e histológico. En otro lugar me he referido a su aportación en este ámbito (*Mente, cerebro y antropología en Kant*, pp. 28ss., 229ss.). Von Haller cultivó una poesía

A estos graves pensamientos me eleva, graciosa señora, el temprano fallecimiento de vuestro digno hijo, que ahora tan amargamente lamentáis. Como un ya muy lejano ex profesor experimento [II 41] esta pérdida con afligida condolencia, si bien, a la vez, difícilmente puedo expresar la envergadura de la aflicción que ha de alcanzar a aquéllos que por estrechos lazos estaban ligados a este prometedor joven. Me concederá su gracia que a estas pocas líneas, con las cuales intento expresar la consideración que he nutrido hacia este mi antiguo oyente, añada aún algunos pensamientos que en el actual estado de mi ánimo en mí emergen.

Todo hombre se hace un propio proyecto de su destino en este mundo. Destrezas que quiere adquirir, honor y consiguiente bienestar que se augura para el futuro, gozo duradero en la vida matrimonial y un largo elenco de disfrutes o de empresas componen las imágenes de la linterna mágica que él bosqueja con ingenio y que proyecta, una tras otra y vivamente, en sus imaginaciones; la muerte, que clausura este juego de sombras, se muestra sólo en oscura lejanía y es ensombrecida y hecha irreconocible por la luz que se difunde sobre los lugares más plácidos. Mientras duran estas ensoñaciones, nuestro auténtico destino nos conduce por caminos bien diferentes. La suerte que en verdad nos corresponde raramente se parece a lo que nos augurábamos; a cada paso que damos nos sentimos defraudados en nuestras expectativas. Mientras tanto, la imaginación prosigue igualmente su tarea y no se fatiga de trazar nuevos planes; hasta que la muerte, que aún parece igualmente lejana, de repente pone fin a la partida. Cuando el entendimiento devuelve al hombre desde este mundo de fábula—donde él mismo es creador, por medio de su imaginación, y en el que tan a gusto se entretiene— a aquel otro en el que realmente le ha situado la Providencia, entonces es presa del desconcierto causado por la rara contradicción con la que ahí se topa y que arruina completamente sus planes, a la vez que presenta a su juicio enigmas insolubles. Los méritos germinales de una prometedor juventud se marchitan, a menudo, de forma temprana bajo el peso de severas enfermedades, y una muerte indeseable tacha por completo el esperanzado proyecto en el que se había confiado. El hombre diestro, meritorio, próspero no es

caracterizada por la sensibilidad hacia la Naturaleza y hacia la sencillez moral. Kant lo calificó como «el más sublime de los poetas alemanes» (Cf. *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*, Ak I 314). Le impresionaron, en particular, las consideraciones del poeta sobre la eternidad, a las que hizo referencia incluso en la *Kritik der reinen Vernunft* (Cf. B 641) y que reprodujo en *Das Ende aller Dinge* (Ak VIII 327) además de en el texto que nos ocupa.

siempre aquél al que la Providencia ha puesto el listón más lejos, para poder disfrutar de los frutos de todo ello. Las más tiernas amistades o los matrimonios que más felicidad prometen son con frecuencia [II 42] desgarrados inapelablemente por la muerte más temprana; mientras tanto, la pobreza y la desgracia tiran a menudo un largo hilo del faldón de las parcas, y muchos parecen vivir tanto sólo para padecimiento propio o ajeno.³² En esta aparente contradicción, el supremo dominador reparte a cada uno, con mano sabia, la suerte de su destino. Oculta en insondable oscuridad el final de nuestra determinación en este mundo, nos hace ser diligentes por las pasiones, estar consolados por la esperanza y –por la feliz ignorancia de lo futuro– estar atareados planeando objetivos y proyectos, cuando todos ellos tendrán pronto un final, del mismo modo que una vez nos encontramos en su inicio:

Que cada uno complete el delicado círculo que el Cielo le ha escogido.

Pope³³

Con estas consideraciones, el sabio (¡qué rara vez se encuentra un tal!) dirige su atención hacia su elevado destino más allá del sepulcro. No pierde de vista la obligación que le encomienda el puesto en el que la Providencia le ha colocado aquí. Razonable en sus proyectos, pero sin tozudez; optimista en la realización de su esperanza, pero sin impaciencia; modesto en sus deseos, sin exigencias, confiado, sin insistencia; es celoso en el cumplimiento de sus deberes, pero dispuesto, con resignación cristiana, a abandonarse al mandato del Altísimo cuando, en medio de todos estos afanes, le complazca llamarle del escenario en el que había sido puesto. Encontramos que los caminos de la Providencia, en los fragmentos que de algún modo podemos entender, son todos sabios y dignos de admiración: ¿no lo deberían ser mucho más en aquello que no podemos comprender? Una muerte temprana de aquéllos de quienes nos hicimos halagüeñas esperanzas nos horroriza; pero ¡cuán a menudo puede ser precisamente ésta la mayor merced del Cielo! ¿No consistió la desgracia de muchos, justamente, en la demora de la muerte, demasiado rebelde como para hacer un corte a tiempo tras las más exitosas actuaciones de la vida?

³² Kant emplea aquí otra imagen procedente de la cultura clásica. Bajo el nombre de parcas se conoce a tres deidades hermanas –Cloto, Láquesis y Átropos– representadas como ancianas y relacionadas con la existencia del hombre, simbolizada por un hilo. A la primera le correspondía hilar, a la segunda devanar el hilo y a la tercera cortarlo.

³³ Se trata del poeta inglés Alexander Pope (1688-1744), citado por Kant en numerosos pasajes de sus obras.

Fallece el prometedor joven, y ¿cuánta inquebrantable felicidad no creemos perder, con tan temprana ausencia? Sólo que quizá esté escrita otra cosa en el libro del destino: tentaciones, que se yerguen ya desde lejos para abatir una virtud aún no del todo aquilatada; tribulaciones y contratiempos con los que amenazaba el futuro; de todo ello escapó este bienaventurado, a quien una temprana muerte arrebató en bendita [II 43] hora – mientras que amigos y allegados, ignorantes del futuro, lamentan la pérdida de aquellos años, de los que se imaginan que un día hubieran coronado de gloria la vida de su deudo. Antes de concluir estas pocas líneas, quiero trazar un pequeño esbozo de la vida y del carácter del piadosamente fallecido. Lo que aquí menciono me es noto por transmisión de su fiel ayo, que tiernamente le llora, y por mi propio conocimiento. ¡Cuántos rasgos buenos no habrá aún, que sólo conoce Aquél que ve en lo más profundo del corazón, y que tanto más nobles son, cuanto menos tienden a llamar la atención abiertamente!

El señor Johann Friedrich von Funk nació en Curlandia, en distinguida y noble casa, el 4 de octubre de 1738. Desde la infancia no disfrutó nunca de plena salud. Educado con gran esmero, en los estudios mostró ser muy trabajador; tenía un corazón, creado para ello por la Naturaleza, dispuesto a ser educado en nobles cualidades. Junto con su joven señor hermano y bajo la dirección de su señor ayo llegó a la Academia local el 15 de junio de 1759. Con toda diligencia se sometió al examen del entonces señor Decano e hizo honor a su laboriosidad y a la enseñanza de su señor ayo. Siguió las lecciones del señor Consejero consistorial y Profesor Teske, actualmente Rector Magnífico de la Universidad, y, a la vez, las del señor Doctor en Derecho Funck y las mías; todo ello, con una perseverancia que servía de ejemplo. Vivió de manera retirada y tranquila, de modo que mantuvo las pocas fuerzas de su cuerpo, tendente a la extenuación, hasta que hacia el final de febrero de este año fue paulatinamente tan afectado por ella que ni los cuidados –y el esmero con que se le dispensaban– ni la solicitud de un capaz médico le pudieron sostener más tiempo. De manera que el 4 de mayo de este año, después de haberse preparado –con la firmeza y la devoción ardiente de un cristiano– para un final edificante, con la asistencia de su fiel padre espiritual, se despidió suave y piadosamente; conforme a su condición, fue sepultado en la iglesia catedral del lugar.

Era de ánimo manso y sosegado, afable y modesto con cada uno, bondadoso y tendente a querer el bien de todos, con diligente celo en orden a educarse de forma adecuada para ornamento de su casa y provecho de su [II 44] patria. Jamás ha afligido a nadie en modo alguno,

excepto con su muerte. Se aplicó a una piedad sincera. Hubiera llegado a ser un íntegro ciudadano para el mundo; sólo que el designio del Altísimo quiso que lo fuera para el cielo. Su vida es un fragmento que nos ha hecho desear el resto, sustraído por una temprana muerte.

Merecería ser presentado como modelo a aquéllos que piensan en recorrer gloriosamente los años de su educación y juventud, si un mérito silencioso causase en ánimos superficiales el mismo deseo de emulación que provocan las cualidades falsamente resplandecientes, cuya vanidad se dirige sólo a la apariencia de virtud sin preocuparse por la esencia de ésta. Ha sido llorado por aquéllos a los que pertenecía, por sus amigos y por todos los que le conocieron.

Estos son, graciosa señora, los rasgos del carácter de vuestro señor hijo, con razón tan querido en vida. Aun habiendo sido esbozados tan débilmente, renovarán en demasía la nostalgia que experimentaréis por su pérdida. Pero estas lloradas cualidades son precisamente las que, ante tal pérdida, redundan en no pequeña consolación; puesto que solo para aquéllos que insensatamente apartan la mirada del más importante de todos los asuntos puede resultar excesivo [conocer] en qué condición entregan a los suyos a la eternidad. Me dispenso del empeño de presentaros, graciosa dama, prolijos fundamentos para el consuelo en esta aflicción. La humilde renuncia a nuestros propios deseos, cuando a la más sabia providencia place determinar otra cosa, y el cristiano anhelo de similar destino, al que otros han arribado antes que nosotros, alcanzan para el aquietamiento del corazón más que todas las razones de una seca y débil elocuencia. Tengo el honor de ser, con el mayor respeto,

bien nacida señora,
graciosa dama,
su más obediente servidor

I. Kant
Königsberg
6 de junio de 1760.

*Recibido el 20 de mayo de 2008
Aprobado el 15 de noviembre de 2008*

Pedro Jesús Teruel
Universidad Católica de Murcia
pjteruel@universia.es